

MARIO VARGAS LLOSA

**Desafíos
a la
libertad**



Mario Vargas Llosa nos ofrece con *Desafíos a la libertad* lo más selecto de su labor como analista político preocupado tanto por los grandes acontecimientos de alcance histórico como por los sucesos de actualidad cargados de significado.

A lo largo de más de cuatro años Mario Vargas Llosa se ha interrogado y ha intentado hallar respuesta a los más variados fenómenos que en la historia contemporánea se presentan como un desafío a la cultura de la libertad.

Citando a Josep Pla y a lo que éste llamaba la «confusión contemporánea», los textos reunidos en el presente volumen poseen la intensidad de una misma preocupación temática y la viveza del hombre público cuya reacción ante el presente es de importancia vital.

El estilo de Mario Vargas Llosa, la calidad de su prosa, hace doblemente apasionantes unos textos periodísticos que constituyen verdaderas obras literarias. Se alcanza así la plenitud de un fructífero equilibrio entre agudeza de pensamiento y brillantez de expresión.

*A Luis Miró Quesada,
el último de los justos,
en sus ochenta años.*

Piedra de toque

Los textos que componen este libro son una selección de los artículos que publiqué en el diario *El País*, de Madrid, y una serie de publicaciones afiliadas de Europa y América, entre noviembre de 1990 y enero de 1994. Los he reunido en razón de su consanguinidad temática. Todos ellos se refieren a los desafíos a la cultura de la libertad que han surgido con el poscomunismo y critican el nacionalismo y sus mil caras insidiosas —desde la, en apariencia, inocente «excepción cultural» hasta la sanguinaria de la «limpieza étnica»—, los integristas religiosos y los nuevos intentos para restablecer la tradición autoritaria en América Latina (exitosos en el Perú y fracasados, por ahora, al menos, en Guatemala y Venezuela).

Otros asuntos recurrentes en ellos son la defensa del internacionalismo, camino de civilización, y de la opción liberal como una alianza simultánea e indivisible de democracia política y libertad económica, en contra de quienes las separan y pretenden escalonarlas, sosteniendo que para los países del Tercer Mundo y los exsocialistas el desarrollo sólo será posible sacrificando la democracia o posponiéndola, a la manera de Chile bajo el régimen de Pinochet o de la China Popular de Deng Xiaoping. De modo directo o indirecto, estos textos quieren también dar testimonio de la fecunda vitalidad de las ideas y valores promovidos por ciertos pensadores liberales para enfrentarse a lo que Josep Pla llamaba «la confusión contemporánea».

Aquí y allá he suprimido alguna palabra de más o aligerado la construcción de una frase pesada, pero ninguna de

estas enmiendas altera nada sustancial. Agradezco a Rosario de Bedoya su invaluable ayuda en la búsqueda y preparación del material.

MARIO VARGAS LLOSA
Georgetown University
Washington, D. C.,
febrero de 1994

Elogio de la dama de hierro

En los últimos dos años visité a varios jefes de gobierno porque creía (ingenuamente) que estas visitas favorecerían el empeño en el que andaba. Todos eran gobernantes respetables que habían servido más o menos bien a su país. Pero sólo a uno de ellos profesaba esa admiración sin reservas, esa reverencia poco menos que filial que no he sentido por ningún otro político vivo, y sí, en cambio, por muchos intelectuales y artistas (como Popper, Faulkner o Borges): la señora Thatcher.

Unos años atrás la había visto, en una cena en casa de Hugh Thomas, aprobar con soberbia desenvoltura el examen al que la sometieron una decena de invitados implacables del historiador entre los que se encontraban algunas luminarias académicas y literarias como Isaiah Berlin, Stephan Spender y el poeta Philip Larkin.

Esta vez la entrevista fue a solas, en Downing Street, y duró apenas media hora. Aproveché para decirle lo que hoy creo con más fuerza que entonces. Que lo ocurrido en Gran Bretaña en estos últimos once años es probablemente la revolución más fecunda que haya tenido lugar en la Europa de este siglo y la de efectos más contagiosos en el resto del mundo. Una revolución sin balas y sin muertos, sin discursos flamígeros ni operáticos mítines, hecha con votos y con leyes, en el más estricto respeto de las instituciones democráticas, e incapaz, por lo tanto, de despertar el entusiasmo y ni siquiera la comprensión de la *intelligentzia*, esa clase que fabrica las mitologías y dispensa las aureolas revolucionarias.

Pero una revolución más humana y progresista que la que entierra hoy, sin honores, el señor Gorbachov, con su terrible curso de asesinados, sus campos de concentración, sus censores, sus colonias y esos planificadores responsables de una economía que, para empezar a funcionar, debe ser ahora rehecha desde los cimientos. Margaret Thatcher entrega a su sucesor un país en el que el esfuerzo por transferir a la sociedad civil las funciones y responsabilidades que le había arrebatado el Estado ha sido extraordinario.

La importancia primera de la privatización de esos monopolios estatales deficitarios que el mercado ha vuelto, está volviendo o casi seguramente volverá eficientes (los del gas, el acero, el petróleo, los teléfonos, los aeropuertos, la British Airways, la electricidad, el agua, etcétera) no es económica, aunque ella haya servido en buena parte para sacar al Reino Unido del marasmo económico y la decadencia industrial que en 1978 parecían irremisibles. Es social. Porque gracias a esas privatizaciones hay hoy en día once millones de nuevos accionistas, la mayoría de los cuales son empleados, trabajadores o simples consumidores de esas empresas desnacionalizadas, gentes de modestos ingresos que por primera vez tienen acceso a la propiedad. Y como lo son ese millón de familias propietarias de viviendas que hizo posible la democratización del crédito y la disposición que obligó a los ayuntamientos a vender las residencias municipales a los inquilinos que quisieran adquirirlas. Expresiones como «capitalismo popular» y «un país de propietarios» habían comenzado a ser una realidad en Gran Bretaña.

Como aquéllas, todas las reformas emprendidas por el gobierno de la señora Thatcher, a costa a veces de épicos enfrentamientos —la huelga minera de 1984 y 1985, por ejemplo—, estuvieron siempre orientadas a estimular el crecimiento de la riqueza, la difusión de la propiedad y la libertad del ciudadano para elegir entre distintas opciones.

Gracias a ellas, los empresarios británicos están aprendiendo de nuevo a competir, a buscar el favor de los consumidores a través de la eficiencia en vez de las prebendas estatales del viejo sistema mercantilista, y hay hoy medio millón de nuevas empresas —de existencia real, es decir, sustentada en el mercado y no en el artificio del subsidio— y más de dos millones de puestos de trabajo de los que había en 1978. Y gracias a ellas el sindicalismo es ahora más libre y más auténtico, por el serio revés que significó para las oligarquías sindicales la legislación que acabó con las prácticas antidemocráticas del *closed shop* y dio a los afiliados la posibilidad de fiscalizar a sus dirigentes y votar directamente sobre las grandes decisiones (como las huelgas). Ésta y no otra es la razón por la que en las dos últimas elecciones generales los *tories* obtuvieron un tercio del voto obrero.

Pero el gran aporte de la señora Thatcher a su país y al mundo no puede medirse con estadísticas. Está en el impalpable territorio de las ideas, de los valores, de los ejemplos, de las imágenes, de los supuestos, en aquello que Popper considera la piedra miliar de la que dependen la solidez o la precariedad de las instituciones democráticas: el marco moral. Es en este dominio que la modesta hija de un tendero y una costurera, gracias a su coraje, a su convicción libertaria y a su talento político, deja un mundo mejor del que encontró.

Hace doce años estaban todavía muy arraigadas las creencias de que la justicia social exigía un Estado grande, que una economía intervenida podía ser próspera, que el paternalismo y las dádivas eran buenos remedios contra la pobreza y que la soberanía debía ser defendida también en lo económico con políticas «nacionalistas». Lo cierto es que hoy queda muy poco en pie en Europa de esa filosofía populista. Y aun en el resto del mundo cada vez parece más una verdad de Pero Grullo decir que la libertad política y la libertad económica son una sola y que sin esta última es muy difícil, cuando no imposible, la creación sostenida de

la riqueza. Y, también, que cuanto más libre sea el funcionamiento del mercado y más vasta su acción estará mejor defendido el interés general, armonizados más sensiblemente los intereses individuales y sectoriales con los del conjunto de la colectividad.

¿Hubiera sido posible, sin el ejemplo de lo ocurrido en Gran Bretaña de 1978 a 1990, esta formidable renovación de la cultura política de nuestro tiempo? Yo lo dudo. Como estoy seguro, también, de que la revitalización que la señora Thatcher dio a las tesis centrales del liberalismo clásico fue un factor decisivo para los cambios en el Este. Cierto, el desplome del comunismo soviético y de los regímenes satélites de Europa central se debió, sobre todo, a su propia ineptitud para crear riqueza, asegurar la justicia social o garantizar dosis mínimas de libertad. Pero sin aquel notable rejuvenecimiento que trajo al Occidente, en la década de los ochenta, el fin de las ilusiones populistas y socialistas, el retorno al mercado y la promoción de la iniciativa individual y el espíritu de empresa —esa filosofía gracias a la cual salieron las naciones democráticas de Europa del atraso y la barbarie en que viven aún los países que no han aprendido la lección—, el fenómeno Gorbachov hubiera podido tardar mucho en aparecer. Porque una dictadura puede, mediante la opresión, disimular las penurias y el descontento de un pueblo. En el casi increíble proceso que ha cambiado la historia contemporánea, el liderazgo político lo tuvo, por razones obvias, Estados Unidos. Pero el liderazgo moral y cultural no fue el de Ronald Reagan sino el de Margaret Thatcher, del mismo modo que la gran figura de la segunda guerra mundial no fue Roosevelt, sino Churchill. Porque ningún otro de los líderes occidentales vio tan lúcidamente lo que estaba en juego ni asumió con tanta claridad y resolución —temeridad, a veces— las reformas y decisiones a nivel interno e internacional necesarias para acelerar y asegurar la irreversibilidad de los cambios.

Por eso no sólo los ingleses, escoceses y galeses deben gratitud a la dama de hierro. Todos los que a lo largo y ancho del mundo se han beneficiado en estos años con la caída de los regímenes totalitarios y autoritarios (los argentinos, por ejemplo, a quienes la señora Thatcher libró sin duda de medio siglo de gorilismo militar, que es lo que hubieran tenido si la dictadura de Galtieri se queda con las Malvinas) o con la liberalización de las economías y la internacionalización de los mercados o con el renacimiento de la filosofía de la libertad, tenemos una deuda de reconocimiento con esta primera ministra que, luego de haber hecho por su país lo que pocos estadistas en su rica historia, acaba de caer, a consecuencias, no de una derrota electoral, sino de una grisácea conspiración de resentidos y desleales de su propio partido.

«Para hacer en su país lo que usted se propone —me dijo, en aquella conversación de media hora— debe usted rodearse de un grupo de personas totalmente identificadas con esas ideas. Porque, cuando hay que resistir las presiones que trae consigo el enfrentarse a los intereses creados, las primeras defecciones ocurren siempre en las propias filas». Lo sucedido en estos días ha actualizado en mi memoria, con resonancias ácidas, ese consejo que, como es sabido, no tuve ocasión de aplicar.

Lo peor, sin duda, no es la sórdida intriga que causó su renuncia. Lo peor es que prevalezca la falsedad de que ha caído por el *poll tax* (el impuesto local) o por su actitud frente a Europa. El famoso impuesto, que tanta oposición ha provocado, tiene una finalidad inobjetable: disciplinar a los municipios irresponsables, obligarlos a gastar sólo lo que los propios vecinos están dispuestos a costear y, por lo tanto, inducir a los ciudadanos a participar activamente en la vida comunal, vigilando de cerca los programas municipales. ¿No es ésta una medida que perfecciona la democracia? Como las otras reformas thatcherianas ésta terminará también por imponerse por su justicia intrínseca.

Respecto a Europa, en cambio, me temo que, con su caída, su postura sea derrotada. Sus críticas a Bruselas han tomado el semblante del «nacionalismo», de un empeño antihistórico por defender el particularismo inglés. Ésta es otra inexactitud, entre las muchas que se le atribuyen, aunque algunos de quienes las han apoyado en esto lo hayan hecho por razones provincianas y sentimentales. Pero quien ha leído con cuidado su discurso de Brujas y sus otros pronunciamientos, no puede equivocarse. El temor de la señora Thatcher no es a Europa. Es a una burocracia no elegida a la que los poderes supranacionales pueden dar la facultad de liquidar desde Bruselas todas las reformas sociales y económicas que Gran Bretaña experimentó en estos once años y medio. (No hay que olvidar que toda burocracia es ontológicamente socialista).

¿Qué ocurrirá después de su partida? La historia no está escrita y puede ocurrir cualquier cosa. La democracia más antigua del mundo no se va a resquebrajar con su ausencia, desde luego. Esperemos que tampoco se empobrezca ni vuelva a declinar como en los cincuenta, los sesenta y los setenta. Hay una esperanza, ya que, como *mea culpa*, los parlamentarios *tories* que la acuchillaron por la espalda han elegido para reemplazarla a un joven que creció a su sombra y que promete continuar la batalla. Un joven, John Major, hijo de un trapeceista y una cantante de circo, que parece encarnar esa meritocracia con la que Margaret Thatcher había empezado a revolucionar el Partido Conservador al mismo tiempo que transformaba la sociedad inglesa (y no hay duda que la aristocracia del Partido se lo ha hecho pagar).

En cuanto a ella, quiero poner en letras de imprenta la frase que acompañó a las flores que le envié apenas supe la noticia de su caída: «Señora: no hay palabras bastantes en el diccionario para agradecerle lo que usted ha hecho por la causa de la libertad».

Londres, 27 de noviembre de 1990

De Gaulle cumple cien años

Debo a los sueños de grandeza del general De Gaulle haber vivido en París cerca de siete años, con un trabajo cómodo, que me dejaba tiempo para escribir. (Cuando entré a la Radio-Televisión francesa, en 1959, los programas para América Latina duraban quince minutos diarios; cuando salí, en 1966, casi cuatro horas).

Fueron años decisivos, en los que Francia, luego de desembarazarse de su imperio colonial, poner fin a la guerra de Argelia, estabilizar su vida política, reconvertir buena parte de su industria y llevar a cabo una acelerada tecnificación, inició un período de crecimiento y prosperidad que, con ligeros altibajos, ha continuado hasta nuestros días. El general De Gaulle, gran fraseólogo y hombre de metáforas, llamaba a eso: «desposar su época».

Que gracias a él Francia rompiera con el pasado y diera un salto resuelto hacia la modernidad no sólo fue admirable, por las enormes dificultades que tuvo que vencer. También fue sorprendente. Porque quien llevó a cabo esa proeza histórica era un hombre del pasado, que se tomaba por Luis XIV y se creía a pie juntillas eso que afirmaba en sus discursos: que él «encarnaba» a Francia. La frase ahora da risa, pero cuando él la decía, con su inmensa autoridad y su aire olímpico, en ciertos momentos neurálgicos, como en el discurso del 22 de abril de 1961 con el que aniquiló el motín de los cuatro generales en Argel, los franceses temblaban. (Y hasta yo, que no le tenía mayor simpatía, recuerdo haber sentido que se me erizaba la piel oyendo ese discurso, en un *bistrot* del Boulevard des Capucines, entre ofici-

nistas hipnotizados y viejitas que lloraban). Ningún hombre «encarna» a un país, a menos, claro está, que sus conciudadanos dictaminen en las ánforas que así lo creen. Y eso es lo que hicieron los franceses en esos votos de confianza que le dieron, en los varios plebiscitos que convocó. (No olvido la lapidaria sentencia de Jean-François Revel, luego de las elecciones de 1965: «El general De Gaulle tiene todo el derecho del mundo de creer que encarna a Francia, pero se equivoca si cree que eso resulta lisonjero para él»).

Lo cierto es que él, que despreciaba tanto la política y a «los políticos» fue un político fuera de lo común, un maestro consumado en ese juego sutil, implacable, audaz y cínico que es el arte de gobernar con éxito. Subió al poder con un cuasigolpe militar de derecha, cuando la Cuarta República había llegado a una suerte de behetría e impotencia total, amparado sobre todo por una sociedad reaccionaria que quería orden, Argelia francesa, la preservación del *statu quo* nacional (desde las colonias hasta la economía rentista) y vitoreado como uno de los suyos por los ultras de la metrópoli y de Argel. A golpe de discursos y de gestos — sí, de discursos y de gestos y solamente con eso— De Gaulle fue cambiando el clima político que había permitido su retorno al poder, sorteando los escollos, desprendiéndose de sus aliados más impresentables, a veces con dureza y a veces con astucia, y creando una atmósfera distinta en la que una mayoría nacional fue aceptando, e incluso entusiasmándose, con todo aquello que parecía inconcebible en 1958: la «paz de los bravos», la autodeterminación, la negociación con el FLN, la independencia de Argelia y, pasando por el intermedio de la Mancomunidad, de todas las otras colonias africanas.

Que los ultras lo odiaran e intentaran matarlo varias veces no tiene nada de raro: es cierto que los había traicionado, para suerte de Francia. Y también es comprensible el resentimiento de socialistas y comunistas, pues ¿no hizo De Gaulle, con la descolonización, lo que ideológicamente

les hubiera correspondido a ellos hacer o, por lo menos, proponer? El trauma ideológico que causó De Gaulle estuvo soberbiamente resumido por André Malraux, en el discurso con el que abrió la campaña electoral en 1965: «Qué extraña época dirán de la nuestra los historiadores del futuro, una época en la que la izquierda no era la izquierda, la derecha no era la derecha y el centro no estaba en el medio». La frase es hoy todavía más cierta que entonces.

Malraux y François Mauriac eran, hasta donde me acuerdo, los únicos escritores de gran prestigio que estaban con De Gaulle. La mayoría de los otros eran sus opositores y a veces feroces. Desde los conservadores, como Jacques Soustelle, hasta los comunistas, como Aragon, pasando por los compañeros de viaje como Sartre y por los liberales como Revel y Raymond Aron. Yo también, desde mi modesto rincón de expatriado y de *métèque*, estaba contra él. Me irritaba su caudillismo —que respetaba las formas democráticas pero era caudillismo y crudo— y, sobre todo, su nacionalismo, una de las formas más obtusas, a mi entender, de encarar la vida, la cultura y la política. (El nacionalismo sólo adopta un signo humanista y liberador cuando moviliza a pueblos que luchan por emanciparse de una condición colonial o semicolonial, pero en toda otra circunstancia es retardatario, caldo de cultivo para la demagogia y fuente de anquilosamiento cultural y de violencias: después de la religión nada ha causado tantas guerras ni sembrado tantos cadáveres como el nacionalismo).

Esos años del paso de la vieja a la nueva sociedad francesa fueron de una efervescencia cultural que Francia no ha vuelto a conocer desde entonces. La estabilidad y prosperidad actuales, como ocurre con frecuencia, va pareja más bien con una merma notoria de la vida intelectual y artística. Ocurre que en esos años se vivía en Francia la situación ideal para el fermento de las ideas y el desarrollo de la cultura. Problemas suficientemente importantes —la guerra en el norte de África, la descolonización, los intentos terroris-